



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Detrás de bambalinas : una entrevista a Marta Lamas

Autor:

Besse, Juan. Encabo, Ana. Moro, Javier

Revista

Mora

1999, N°5, pp. 145-155



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

«Detrás de bambalinas»

Una entrevista a Marta Lamas



Juan Besse*, Ana Encabo** y Javier Moro*

Primero nuestro detrás de escena. El devenir de las relaciones humanas nos sentó a la mesa de la casa que Marta Lamas habita en el barrio de Tlacopac, San Ángel, ciudad de México. Por esos días rondaba en nuestras cabezas la idea de hacerle una entrevista. Cuando nos sentamos a conversar, primero en la sala y luego en la mesa aún dudábamos en proponerle la entrevista. La charla discurría con cadencia de sábado, los cuatro integrantes del encuentro -más aún la desprevenida Marta Lamas- no parecíamos tentados con trocar los bueyes perdidos, los comentarios sobre nuestras vidas (algunos recién nos conocíamos) por preguntas acerca de su actividad como antropóloga y su militancia en el feminismo.

Un eventual relato sobre los inicios de su investigación acerca de la prostitución cuadró como tema para la entrevista. A ella no le desagradó continuar hablando frente a una grabadora sobre aquello que en algún momento comenzó, y a nosotros, tampoco, seguir escuchándola. Demás está decir que el relato de éste «detrás» del producto de investigación fue recorrido por picos de debilidad.

La estructura de su narración oscureció las preguntas. A poco de comenzar el relato se acercó a una «confesión». Tal vez, a lo que Foucault denominaría «los orígenes bajos « que operaron (y operan) en la constitución de los dominios de saber. En éste caso vemos cómo la experiencia vital, el indagar en sí misma, se amalgamó con la posibilidad de abordar problemas aparentemente distantes a través de la construcción de estrategias de investigación que se caracterizan por acercar la práctica política a la práctica científica y viceversa.

— ¿Cómo se inicia tu relación con las prostitutas?

— Fue en 1989. Hubo un primer coloquio sobre SIDA en México, y a mí me invitaron a ser ponente como antropóloga para hacer un análisis de la cuestión de la cultura. En el panel había un representante del episcopado, un funcionario de la Secretaría de Salud, un líder del movimiento gay, un sociólogo, y una mujer muy elegante, enojada, con el pelo rubio platino, que no se sabía de donde venía y yo. Y bueno, todos fuimos hablando y al final cuando le tocó hablar a la señora enojada dijo que era ex prostituta, lo cual inmediatamente generó una reacción de asco por parte del funcionario de gobierno y del representante de la iglesia católica, entre quienes estaba sentada, y que se hicieron de lado como si fuera una persona apesada. Al terminar su exposición me acerqué a felicitarla; le dije que me había parecido muy valiente y que lo que había dicho estaba muy bien y ella me miraba con cara de «esta loca de dónde salió»; resulta que de repente alguien con aspecto de señora «decente» se le acercaba porque, en general, eran las mujeres quienes le huían más que los hombres. Yo le comenté que era feminista, que trabajaba por la autorganización de las mujeres, que me imaginaba que el colectivo de las prostitutas podría estar tratando de organizarse y que yo había leído mucho sobre cómo se habían organizado las prostitutas en otras partes, Francia, Italia, y que el día que quisiera hablábamos y le dejé mi nombre y mi teléfono.

A los pocos días, suena el teléfono a las tres de la mañana y era Claudia (la ex prostituta) que me decía que estaba con unas compañeras en una delegación de policía, que las habían detenido y que si podía ayudarlas. Esa noche me paré, con un nivel de excitación y de emoción impresionante, y me vestí de «licenciada» para ir a pelearme en la delegación con

* Investigadores del Instituto de Geografía de la FFyL. UBA.

** Estudiante de la carrera de Ciencias de la Educación.

los funcionarios de policía. Llegué y con el más descarado tráfico de influencias, dando el nombre del delegado y del jefe de policía, dos personas que ni conocía, pero que mentí que sí, logré que las dejaran salir sin pagar multa. Eso se repitió varias veces a lo largo de unos tres meses; visto ahora en perspectiva, creo que fue una prueba. Porque Claudia quería ver realmente hasta donde contaba conmigo y hasta donde el interés por ellas iba más allá del morbo, pues hubo una dosis alta de morbo de mi parte, lo reconozco claramente.

— *O sea que empieza a darse una relación a nivel personal...*

— Sí, después de un tiempo empezó a darse una relación de amistad. Algunas noches nos íbamos a cenar a «Noche y Día», un restaurant que está abierto toda la noche; a veces a casa de alguna de ellas. Claudia estaba muy interesada en la cuestión del SIDA porque se le había muerto una amiga, María Antonieta, infectada por esa enfermedad y había visto como en el ambiente de la prostitución había un descreimiento. Cuando se empezó a hablar de SIDA casi todas las chicas¹ pensaban que era un invento del gobierno para controlarlas, para hacer una razzia sanitaria. Claudia decía que al principio nadie creía, lo empezaron a creer en la medida que se empezó a morir gente a su alrededor. De todo ese grupo de mujeres, la que tenía mayor conciencia social y más preparación era Claudia. Ella venía del trabajo en departamentos y estéticas, las otras, del trabajo en la calle.

— *¿Cómo empezaste a colaborar en la organización de las prostitutas?*

— Hubo un momento donde en la zona de Sullivan en la colonia Cuáuhquemoc hubo mucho problema con la policía, pues habían subido mucho las cuotas acordadas de «mordida» (de coima). Entonces las «madrotas», las «madamas», que son las encargadas de las chicas (la organización de la prostitución la aclaro

en el artículo académico, pero una mujer responsable de un grupo de «chicas» que se paran en la calle a trabajar es llamada madrota) de la zona de Sullivan delegación Cuáuhquemoc habían estado solicitando una cita con el responsable y se la habían negado. Claudia, que me había visto operar como «influyente» en las otras delegaciones, prometió que conmigo se iba a conseguir la cita con el delegado. En ese momento yo trabajaba en la revista Nexos, que era una revista que reunía a un grupo importante e interesante de intelectuales y eso tenía un peso en el medio político mexicano, pero de nada sirvió que yo dijera que era de Nexos al tratar de conseguir una cita; el delegado no daba citas. Entonces le hablé a Carlos Monsiváis. Yo sabía que cualquier funcionario al que le hable Monsiváis pidiendo una cita se la da, y fue lo que ocurrió. A las seis de la tarde de ese mismo día se presentó Monsiváis, conmigo atrás de él y detrás de mi Claudia y seis de las madrotas; tuvimos una reunión con el mero delegado, el lic. Ignacio Vázquez, como de tres horas, en donde se revisaron todos los acuerdos verbales. La prostitución no está prohibida por ley, lo que está prohibido es el lenocinio. Por eso no hay más que contratos verbales entre «responsables» (madrotas y padrotes) y autoridades.

La idea de Claudia era reunirse con las encargadas de varios puntos y ver que se podía hacer para negociar mejores condiciones de trabajo, menos extorsión.

— *¿Consiguieron hacer esas reuniones?*

— Al principio empezamos a juntarnos en los Sanborn's², pero nos corrían, luego en Potzocallis, y también. Las reuniones no podían ser en la mañana porque las chicas trabajan hasta las cuatro o cinco de la mañana; eran en la tarde, pero no podían ser muy temprano porque si no se les cortaba el día. Las reuniones solían ser entre siete y ocho de la noche porque ya de ahí se iban a trabajar; obviamente ya venían vestidas para el trabajo y por eso nos corrían de los lugares decentes. Acabamos reuniéndonos en

¹ Este término de «las chicas», es el que usan entre ellas. En México no es como en Argentina, que se dice los chicos y las chicas, decir las chicas inmediatamente tiene el significado de trabajadora sexual.

² Así se llama una de las cadenas de bares más conocidas en México.

la sala de juntas de la revista Nexos. Yo le pedí a Aguilar Camín, el director de la revista, si me dejaba tener reuniones con feministas en la sala de juntas. Y cuando me dijo que sí, le aclaré que estas eran unas feministas sui géneris: «son trabajadoras del sexo, te lo digo para que no te sorprendas». Aunque él entendió el asunto, hubo gente en la oficina que se molestó, por esto de que las mujeres decentes no pueden ver a las prostitutas. Pero tuvimos varias reuniones en la revista Nexos y luego una doctora de Conasida, que había estado tratando de organizar una asociación civil, que trabajaba cuestiones de SIDA y que conocía muy bien a Claudia, empezó a hacer estas reuniones en Conasida con algunas madrotas y con Claudia. Ahí hubo una pugna de intereses entre el grupo de las mujeres de Cuáuhemoc y Claudia, que venía del mundo de la prostitución de departamentos y estéticas y no hacía prostitución en la calle. Claudia era la más inteligente, la más comprometida, a la que realmente le interesaba más el sida y la que se perfilaba como líder de esa asociación civil; las otras habían descubierto que mostrar preocupación por el sida era una manera de trabajar con las autoridades, de tener por primera vez una cierta legitimidad y de quitarse el estigma, pero en el fondo el problema no les interesaba mucho. Lo veían principalmente como una fachada para poder seguir con el negocio sin mucha interferencia de las autoridades.

— *¿Cómo fueron las negociaciones y qué consiguieron?*

— Aunque Claudia participó en la primera asociación civil, que se llamaba «Humanos del Mundo contra el sida», al poco tiempo ese grupito la corta porque descubren el «negocio» de «proteger» a las mujeres, y Claudia empieza a organizar su propia organización. Durante todo este tiempo yo me sigo reuniendo con ella y con un grupo de amigas de ella, que son también madrotas de calle y con un amigo de ella que es un travesti que se llama Gerardo Ortega, le dicen la Mema, y que era el que coordinaba el trabajo de muchos travestis en la zona de Insurgentes. Claudia y Gerardo deciden hacer ellos una asociación civil en donde Gerardo quedaba de presidente, Claudia de secretaria, yo de tesorera y nos jalamos a Monsiváis y a Elena Poniatowska al Consejo porque la idea era meter a figuras importantes para romper la vulnerabilidad que pudiera significar una asociación civil de

este tipo. La otra asociación civil, la de «Humanos del mundo contra el sida», tenía a dos funcionarias de Conasida en los puestos importantes y tenía a Claudia y dos o tres de las madrotas. La segunda asociación civil se llamó Cuilotzin, que en nauhatl quiere decir los que usan el culo o una cosa por el estilo. Cuilotzin eran Claudia, Gerardo, y Josefina que era un travesti que hace mucho tiempo que circula siempre vestido de mujer y con el que ocurrió una cosa muy chistosa que ahora les cuento.

El día que fuimos a firmar el acta a la notaría para constituir la asociación civil Cuilotzin S. A., el entonces secretario privado del Procurador de Justicia del Distrito Federal tenía una notaría y le pedí que nos hiciera el acta de la asociación civil sin cobrarnos y aceptó. A él le daba mucha risa todo este numerito. Entonces fuimos a firmar el acta. Venía la Mema, que era el coordinador de los travestis, Claudia y la Jose, que es un hombre pero que siempre va vestido de mujer. Cuando llegamos, el secretario del notario, un hombre joven quedó impactado por la Jose. Además la Jose es muy femenina, muy guapa, con el pelo largo, muy bien formada y muy coqueta y venía vestida escandalosa, y cruzaba la pierna para aquí y para allá. Se la pasaron coqueteando, el secretario del notario y ella todo el tiempo y al llegar la hora de firmar el acta que dice José Antonio tal y cuando ella dijo «soy yo», el tipo se demudó porque se dio cuenta que había estado coqueteando con un travesti. El notario se sacó de onda y dijo, «así no se puede firmar el acta, tiene usted que venir vestido de hombrecito» y nos citó para otro día. Al día siguiente, Jose vino vestido de pantalón, con el pelo recogido en una cola de caballo y sin maquillaje para firmar como José no como Josefina. Ese día ya no se apareció el secretario del notario, se le deben de haber cruzado los cables sustantivamente.

— *Con todo esto en lo que te fuiste metiendo, lo hacías con algún tipo de cobertura o respaldo institucional?*

— Antes de seguir, me regreso atrás. Esto había pasado como un año después de haber empezado a trabajar con Claudia. A los seis meses de estar trabajando ella y yo, diseñamos un modelo de intervención con las trabajadoras del sexo: yo decía que era funcionaria de Conasida (sin serlo), entrábamos a la delegación y podíamos detectar a todas las chavas

que tenían detenidas y ver los casos. En paralelo Conasida, a través de la doctora Patricia Uribe, estaba planteando la necesidad de que las chicas tuvieran una tarjeta de Conasida, que significaba que estaban limpias y en función de eso que la policía las dejara de hostigar. Después de un tiempo de haber estado trabajando diciendo que era de Conasida fui a ver al director, Jaime Sepúlveda, y le dije, «Oye, he estado diciendo que soy de Conasida y espero que tú no me dejes caer». Yo había ido como representante de Conasida con el procurador de justicia del D.F. a pedirle que frenara a los agentes judiciales para que ya no estuvieran deteniendo a las trabajadoras del sexo. Claudia tenía muchas denuncias de las chicas sobre ciertas patrullas y hasta de ciertos agentes. Con apoyo del procurador se armó todo un operativo para, en cierto hotel de paso donde solían ir ellas, poner gente que viera como los agentes judiciales venían a



pedir dinero. Era importante para que esto se acabara y así, por lo menos, frenar en parte el problema de la corrupción. Sucede que las chicas daban a veces las tres cuartas partes de lo que ganaban: primero a su «representante» y luego en mordidas a la policía. Tres tipos diferentes de policías, los de Gobernación, los de la Procuraduría, los del Distrito Federal, en una misma noche llegaban a los puntos de trabajo para recoger las mordidas y dejarlas trabajar. Nuestra idea era ir a ver a la gente de la Procuraduría, de la Policía y de Gobernación para que las autoridades desactivaran esa «rutina» y se reconociera que había un serio problema de corrupción, que además estaba impidiendo un trabajo con las propias trabajadoras en términos de prevención del sida, que era lo que le importaba sobre todo a Conasida. Ya por entonces llevaba un año trabajando con ellas en este tipo de negociaciones. Fuimos a otras dos delegaciones más, también vía Monsiváis; o sea, el delegado no nos daba cita, y Monsiváis la volvía a pedir. Primero fue en la delegación Cuáhuhtemoc, después en la Carranza. En la delegación Miguel Hidalgo ya no fue necesario que fuera Monsiváis, porque yo conocía a la delegada y fue a través de mí el conecte. Siempre nos mandaban con los encargados de «servicios especiales», que son los que trabajan el asunto de la prostitución. Si bien la entrada al mundo de la prostitución callejera en la ciudad de México era parte de mi proyecto feminista, mi amistad con Claudia fue una agradable sorpresa. Claudia empezó a viajar a los diferentes estados a ver cómo estaban las chicas allí y con la idea de ir creando una organización a nivel nacional. Ella estaba muy preocupada porque quienes laboran en la prostitución no se estaban tomando en serio la problemática del SIDA y el uso del condón.

— *¿En qué momento te interesó la cuestión como objeto de investigación, más allá o más acá de la práctica política?*

— Cuando yo ya llevaba un año trabajando con Claudia, el Dr. Mauricio Hernández, que entonces era el director de Epidemiología, me dice que está en curso una investigación internacional muy importante sobre el uso del condón en trabajadoras sexuales y que no tiene quien se haga cargo de la parte antropológica; no han logrado meter gente, porque el ambiente de la prostitución es muy cerrado. Sí, entrar ahí no es fácil. Yo había entrado por razones políticas, ya

estaba adentro y era una antropóloga; él piensa aprovecharme y me hace la propuesta de que yo haga la parte de observación participante. Se requiere información sobre cómo se hace la negociación de cliente-prostituta: cuántas veces en una noche, qué número de clientes llega, cuántos de ellos dicen que sin condón, cuántos aceptan el condón y si las chicas están o no realmente usando el condón; es decir, qué pasa realmente. A mí me resulta muy interesante, pero digo que va a depender hasta dónde Claudia y el grupo de gente alrededor de ella lo acepten; no voy a hacer la investigación sin que ellas lo sepan y acepten que cambie mi estatus de compañera política a investigadora. Se lo planteo a Claudia, le gusta la idea y se nos ocurre una cosa genial. Me dice, «va a ser muy difícil hacer una observación en todos los puntos de la ciudad de México, porque hay un nivel de competencia feroz y si llega alguien de afuera van a pensar que los estás investigando para saber cuánto dinero está saliendo» (igual tuve posibilidad de estar algunas noches en algunos de estos puntos). Lo que Claudia propone es que hagamos un punto experimental, es decir, que gracias a que hay un apoyo de Conasida negociemos para que ella pueda pararse en una esquina. Todas las esquinas o lugares donde hay prostitución están negociados con las autoridades. Tú no puedes, simplemente por tus pistolas, pararte una noche a buscar cliente porque inmediatamente no sólo te llega la policía sino la misma red de la gente que está en el ambiente de la prostitución, que tiene territorializada la ciudad con zonas de control.

Claudia propone hacer el punto experimental entre las calles de Insurgentes y Monterrey, en una callecita que se llama El Oro. El punto del Oro se había venido abajo, pero había sido en un momento determinado un punto conocido. Le sugerimos al director de Epidemiología hacer una carta a las autoridades de las delegaciones para informar que ese va a ser un punto de investigación, y Claudia se pone a reclutar chicas nuevas que se vengan a trabajar ahí. Yo voy a entrar como una más, supuestamente ellas no iban a saber quién soy o de dónde venía, porque en los demás puntos ya me conocían un poco.

Las chicas que se iban a reclutar tenían que ver más con los ambientes cerrados (departamentos y estéticas). Claudia las conocía y ellas no me conocían a mí. Yo ilusamente pensaba que podía hasta cierto punto pasar desapercibida, lo cual no fue tan fácil.

—(Risas) *Te olvidaste de la máxima etnográfica que señala al antropólogo no como observador, sino como el observado.*

—Sí, por eso antes de empezar a trabajar en el punto, yo estuve yendo muchas semanas a otros puntos para conocer la mecánica del trabajo. En un hotel, cerca del cruce de Viaducto e Insurgentes estaban dos amigas de Claudia, y allí fui muchas noches a ver cómo se daba la relación de los clientes y las chicas, antes y después de cada servicio. Hay dos maneras de referirse a la relación sexual: como «servicio» o como «rato». A principios de siglo los hombres que iban con prostitutas pedían estar un «rato» con las mujeres; actualmente un «rato» es un lapso como de 20 minutos entre que llegas al hotel, te quitas la ropa o te la alzas, haces lo que tienes que hacer y sales. Y si es más del «rato» se cobra un segundo turno o servicio.

Estuve yendo al hotel del puente de Insurgentes, y también estuve viendo cómo trabajaba la gente de Sullivan y luego estuve en Comisión Federal y en las calles de Querétaro. Quería entender la mecánica y el trato, tanto para tener información, como para no parecer tan novata.

El sistema, para protección de las chicas, es poner los puntos cerca de hoteles de paso. Ninguna chica se sube al coche del cliente. En esas zonas casi todos son clientes que vienen en auto, muy pocos son clientes de a pie; estos básicamente van a la zona de los mercados, en la zona de La Merced, donde hay otro tipo de manejo, son como grandes galerones donde hay cortinas y catres. Es la prostitución más barata que hay, luego viene la de calle, de ahí te vas a las estéticas y de ahí a los departamentos.

En el punto del Oro, los hombres vienen en coches; hay como una especie de shopping: los hombres salen casi siempre juntos dos o tres, pero también vienen solos; pasan enfrente de un punto y ven la «mercancía». Se van a otro punto, hacen todo el recorrido y de repente, recuerdan a una chica que les gustó más o que les hizo clic y regresan por ella. En el punto llegan al acuerdo, y se van al hotel. En el punto hay un chofer, a quien la chica les paga la dejada como chofer de taxi. A veces el cliente se sube al taxi también. Los choferes son sobrinos, hijos, familiares o amigos de las madrotas. El negocio es todo un modelo familiar, donde la madrota controla a las chicas, la hija de la madrota trae ropa de Estados Unidos y les vende a las chicas, la cuñada trae el café

y los alimentos que se venden en la noche, el hijo tiene el coche que las lleva al hotel, etc. Cuando se realiza la transacción, se quedan de ver en el hotel. Se ven allí y están el tiempo convenido. En el hotel hay una cierta vigilancia, porque sí ha habido bastantes crímenes y agresión a las trabajadoras; luego el taxi regresa a los veinte minutos para traer a la chica de vuelta al punto.

— *A esta altura es evidente que estabas muy involucrada.*

— Sí, de hecho había estado haciendo de todo, inclusive había fungido como chofer, manejando del punto al hotel para ver qué pasaba cuando los clientes hacían la transacción en el taxi. Los clientes alucinaban conmigo, porque están acostumbrados a que se meten al coche y hay un gañán taxista; aunque yo trataba de pasar desapercibida, tener el pelo recogido y todo, es obvio que no tengo facha de taxista, se sorprendían un poco; algunos, muy borrachos, no se daban cuenta; había de todo. Varias veces llevé a las chicas al hotel. Una vez me ofrecieron, en uno de los hoteles espiar por el espejo, tipo cámara Gessel, para saber cómo era el asunto pero mi puritanismo no me permitió eso; me pareció un exceso.

Obviamente el plan de pasar desapercibida no funcionó. Para empezar la primera noche que llegué, Claudia me dijo: así nos espantas a la clientela, quitate los anteojos y maquíllate más. Según yo, me había disfrazado muy ad-hoc. El tipo de ropa que me puse era una minifalda pero, como hacía mucho frío, con unas medias de colores y botas. Realmente lo que más me impresionó de ese trabajo fue el frío que pasan. Las chicas van muy escotadas; hay toda una cosa simbólica con la ropa, que yo no pude copiar básicamente por el frío. Creo que me hubiera disfrazado con escotes si el clima del Distrito Federal fuera el de Acapulco. Otra dificultad fue mi timidez con los tipos. Una cosa era ver y otra estar ahí. Cuando yo había estado yendo a los lugares todavía conservaba mi distancia, algo así como «yo vengo aquí a ver qué pasa». Pero de repente pasar a ser una más fue muy duro. Tenía miedo y vergüenza. Lo primero fue quitarme los anteojos, yo estaba ahí, parada en la calle y pensaba que no pase un amigo de mi mamá, y me vea y yo ni siquiera me dé cuenta porque le va a ir a decir que su hija está parada en el punto del Oro. Y luego fue durísimo el nivel de violencia. Los tipos

vienen en un plan muy agresivo, muy violento; la misma policía, las patrullas, son sumamente agresivas. Estábamos paradas en una esquina, y especialmente los viernes y los sábados como a las dos de la mañana, pensaba «aquí nos van a atropellar». Los coches se frenan enfrente, meten el coche encima de la vereda, algunas veces hubo balazos. Fue todo un descubrimiento el grado de violencia alrededor de la transacción «comercial». Yo me asustaba, y las chavitas, a la primera de cuentas, descubrieron que yo no tenía nada de trabajadora sexual, que era un loca amiga de Claudia y como tal vez pensaron que ya no tenía posibilidades con los hombres y que la única manera de conseguir era esa, me adoptaron.

— *La imagen de loca sirvió para que negociaras mejor tu, por decirlo de algún modo, papel en el campo...*

— Se portaron muy protectoras conmigo. De repente se acercaban varios hombres que querían con la güerita (conmigo). Entonces ¿cómo decir que no, sin que eso significara una mala imagen para el punto? Porque también si los hombres llegan a un lugar y la chica dice que no, es difícil que regresen al mismo punto: el rechazo hace que le huyan al punto. Una de las reglas implícitas en el punto, y esa es una de las cosas muy buenas del trabajo en la calle, es el nivel de libertad que tienen las chavas para rechazar a los clientes. En la calle nadie puede obligar a una chica a irse con un hombre. En una estética o en un departamento es a fuerzas, aunque el tipo te dé asco o no quieras, si te tocó te tocó. En calle no; ahí hay un margen mucho mayor de negociación y libertad. Las chicas a veces le dicen al cliente no me voy a ir contigo, o lo que sea. Ahí hay un gran nivel de interacción pero, al mismo tiempo, ellas saben que no pueden abusar de ello, porque si tú llegas a un punto y cuando vas a elegir a una chica, la chica sale con que no, ya ni regresas. Hay un difícil equilibrio entre tu libertad de decir que no y el no fastidiar el negocio del punto; entonces, se dice que no cuando realmente te disgusta muchísimo el tipo. Pero yo les iba a decir que no a todos.

— *¿Nunca sentiste el deseo de ser una «nativa», aunque sea por unos minutos?*

— En un momento hubo mucha presión por parte de ellas para que yo diera el último paso y me fuera con un cliente. Me decían que debería levantarme uno, y



aunque jugué realmente con la idea, no sé hasta donde fue mi puritanismo o hasta donde fue el miedo al SIDA lo que al final me lo impidió. Llevaba mucho tiempo sin pareja en ese momento y jamás había usado condón en la vida. Yo nada más había aprendido cómo ponerlo con un plátano con cáscara; esa es una lección que da Claudia, donde te enseña a poner el condón con la boca, teniendo las manos libres para que el hombre no se dé cuenta que le están poniendo un condón; como ese hay una serie de trucos; pero una cosa es aprenderlos en la teoría y otra en la práctica. A mí me daba miedo: ¿y si se rompe el condón, o si no lo puse bien o si a la hora de la sacada me lo contagio?... Eran tipos desconocidos. No creo que haya sido tanto el puritanismo porque bueno, con un acueste más en la vida a mi reputación no le va a ir ni muy bien ni muy mal. Eso no me parecía grave. Pero era el miedo. Era un momento donde yo había descubierto lo del SIDA, lo veía muy cerca y el nunca haber tenido relaciones con condón, y no saber como iba a funcionar eso me daba miedo.

Volviendo a tu pregunta, una vez hubo un tipo que me gustó, el único día que realmente dudé porque tenía la facha que me gusta. Un tipo muy, muy atractivo y que me gustó, de swetercito de cashmere y pantalón de pana, para nada el tipo de clientela habitual que era clase media, clase media alta, buró-

cratas, funcionarios o empresarios; este no tenía nada que ver. El no me había elegido, había elegido a otra. Lo que pasa es que iba ahogado de borracho, se ve que estaba así como en un trueno o una cosa emocional. Yo lo vi y podría haber intervenido para llevármelo, pero no lo hice. Claudia me insistía mucho: no seas miedosa, órale, vas a ver que no es nada. No se si fue por un rollo moralista pero sí me dio miedo. Y además es que, fuera de ese tipo que me pareció atractivo, con los demás hubiese sido como lo hacen ellas: desconectar. Me acuerdo un día que una chica se negó a irse con un tipo y cuando le pregunté por qué, me dijo «es que se parece mucho a mi papá»; el parecido al padre la había frenado, el tabú de incesto ahí jugó. Pero excepto ese tipo de cuestiones, el acueste lo viven muy desconectadamente, realmente como un trabajo que hay que hacer. A veces ni siquiera se quitan la ropa, se alzan la falda y es muy así de «bueno, órale» y ya.

Hubo mucha presión por parte de las chicas, insistían «para que seas una de nosotras». Con ellas hubo un proceso de mucha cercanía. Cuando terminábamos de trabajar a las dos o tres, a veces a las cuatro de la mañana, nos íbamos todas juntas a un restaurante que está abierto toda la noche, el Noche y Día. De ahí a veces nos íbamos a casa de alguien, a fiestas y así ya se fue estableciendo una relación. Fue impresionante el proceso.

— *¿En algún momento sentiste que se modificaba tu percepción acerca de la prostitución?*

— Yo entré a todo el trabajo político con ellas con una idea de mucha victimización de las trabajadoras, con esta onda que ha tenido el feminismo de llegar a salvar a las compañeras de la opresión o a inducir una reflexión o a ofrecer una serie de herramientas para que enfrenten tal o cual situaciones. Pero en el caso de las trabajadoras sexuales yo creo que una de las cosas que a mí más me sorprendió y más modificó mis esquemas fue el constatar el margen de disfrute que tienen. No de disfrute de placer sexual, que lo tienen por fuera con sus compañeros o compañeras, sino de un disfrute raro, como de vivir al filo de la navaja, en la marginalidad, la atracción de la violencia de la noche y de un cierto poder sobre los hombres. Ellas tienen la sartén por el mango. Hay una situación de poder con respecto al cliente muy, muy evidente; ellas dicen cómo, qué, y muchas veces lo estafan, lo burlan

muy claramente. Eso me sorprendió mucho. Tienen mil triquiñuelas, por ejemplo, tienen muy clara la vulnerabilidad del machismo y del narcisismo masculino. Por aquel entonces ellas cobraban 100 pesos por un rato, por esos veinte minutos; entonces le decían que si quería un buen servicio completo, de más de una hora eran 500 o 400 pesos. Lo que hacían era que el hombre se viniera muy rápido y enseguida que se venía empezaban a hostigarlo sexualmente y al cuate le resultaba muy prematura la segunda vez y apenas se había repuesto y, entonces empezaban a joderlo: «qué, no se te para» u otra cosa así, muy insultante y el tipo prefería cortar en ese momento, y la despedía, habían sido 25 o 30 minutos, habiendo cobrado muchísimo más. Esa era una de las trampas que tenían. Decir «bueno, si no quieres ya me voy», o «¿qué, quieres dormir? pobrecito, te tienes que recuperar». Y los hombres en vez decirles: «no, yo te pagué una hora y te quedas aquí una hora a ver cuando se me para», frente al hostigamiento de las chicas las dejan ir inmediatamente. Saben por donde entrarles, al menos entre las de la calle, que es un fenómeno muy distinto al de los establecimientos cerrados; ellas dicen con quién y es al ritmo que ellas imponen. Ellas pueden ser más receptivas, más agradables, más cariñosas o desvestirse más pero de repente una cosa puede ser así como muy seca y pueden burlarse del hombre. A veces hay clientes que son muy fieles, a veces ellas se enganchan con los tipos, a veces se enganchan más con la plática, se vuelven como psicólogas y establecen una relación donde ellas son maternas o como hermanas mayores y hablan y todo.

A mí me sorprendía la frialdad y precisión con la que podían caracterizar a los distintos tipos de hombres, saber con cuál iban a usar qué método, por qué algunos les caían tan simpáticos y los trataban bien, por qué a otros los trataban tan mal, cómo hacían para sacarles más dinero, cómo tenían muy claro que lo que estaban haciendo era un trabajo, cómo tenían un código de las cosas que pueden hacer y las que no, por ejemplo un beso en la boca no, eso es prototípico. Yo entendí que este cambio de pasar de llamarlas prostitutas a trabajadoras sexuales sí está fundamentado; sí, es un trabajo, un trabajo muy calculado, una transacción en la que tratan de conseguir mayor beneficio y mayor dinero. Para eso hay toda una serie de técnicas, una común es hacerse ver como las

pobrecitas vulnerables y contar la historia de cómo ellas cayeron en el fango ahí arrastradas porque un hombre las abandonó. Todas tienen un mismo discurso hacia el cliente, muy pocas reivindican lo que se ha vuelto una reivindicación política de Claudia: «este es un trabajo que yo he elegido». La prostitución como lugar elegido no se le muestra al cliente sino que la prostitución se muestra como consecuencia de alguna maldad externa y ellas son las víctimas. Juegan mucho la mancuerna de víctima-salvador con el cliente.

— *En un momento hablaste de la territorialización de la ciudad. ¿Cómo influyó esto en el acceso al campo?*

— Cuando Claudia abrió el punto del Oro, las mujeres que estaban como a tres calles, en la avenida Álvaro Obregón, vinieron a golpearla. Se armó una batalla campal a golpes, y tuvo que intervenir la policía. Y aunque los «representantes», o sea las personas que controlan las zonas, les decían ustedes tienen que estar aquí y ellas allá, igual ellas venían a empujar a Claudia. A pesar de que entre las propias compañeras sí hay mucha solidaridad, hay competencia entre los puntos.

No fue sencillo, implicó un trabajo de mucho tiempo. Yo estuve seis meses haciendo trabajo en los lugares, tres meses intensos de estar jueves, viernes, y sábado en la noche, las tres noches. El primer mes fue todos los días, excepto los domingos y los lunes: iba martes, miércoles, jueves, viernes y sábado, era durísimo pero después sólo fui tres noches. Yo seguía con mi trabajo en Nexos, me acostaba todos los días como a las cuatro o cinco de la mañana, dormía alrededor de cuatro horas, hasta las nueve, me iba a trabajar a Nexos, regresaba y a la tarde me dormía una siesta de



cuatro a seis u ocho y regresaba con ellas. Estuve así como dos o tres meses. Luego fue más relajado. Claudia me llevó a muchos de los otros puntos de la ciudad, a ver cómo estaban funcionando.

Esta experiencia me significó todo un reposicionamiento ideológico en términos de entender, como feminista, que el trabajo sexual de veras puede ser una decisión; a lo mejor suena muy neocontractualista, pero lo pude ver como un lugar elegido en donde ciertas condiciones como la flexibilidad del horario, lo que realmente ganan las chicas, que significa una diferencia enorme en términos de ventaja con lo que ganarían como obreras o secretarias. Además durante el trabajo ocurre un fenómeno al que le estoy tratando de seguir la pista: la auto-hipnosis, los procesos por los que te puedes autoinducir estados hipnóticos. En México la han estado utilizando para operaciones donde necesitarías anestesia. Ciertas personas hablan de la posibilidad de inducirte ciertos trances o estados hipnóticos, donde no sientes y puedes desensibilizarte en términos de sistema nervioso. En el Hospital Ángeles le hicieron a una de estas personas que trabajan con autohipnosis una operación sin anestesia. Yo creo que con ellas pasa algo similar: hay un momento, que suele ser cuando entran al hotel, donde hasta corporalmente hay una reacción de rigidez. Así como en la calle, en el punto estaban en el chacoteo, fumaban, bailaban, comían, venían los hombres y les coqueteaban, y corporalmente las veías relajadas, en el momento en que entran al hotel como que empiezan a actuar algo, hay una reacción muy impostada que es, yo creo, la reacción defensiva de ahorita viene el servicio y a lo que truje y ya. No se si el cambio se da en el taxi. Si yo hubiera sido taxista más tiempo tal vez habría podido percibir cómo estaban, pero las chicas estaban viendo la reacción del cliente al verme a mí, les daba mucha risa que yo manejava y era muy extraño. Ahí se daba una triangulación, ellas estaban muertas de la risa ver la reacción del cliente de que Marta las estuviese llevando, yo estaba tratando de ver cómo reaccionaban ellas y los clientes estaban viendo a una chofer atípica. Al principio en los puntos donde más las observé, antes de que se hiciera el Oro, me estacionaba en el coche y la madrota se venía a platicar conmigo. Ellas ya están acostumbradas a que gente de la familia o cercana llegara en la noche. Yo iba sólo algunas veces, no muchas, para que no les entrara desconfianza

— *Una pregunta puntual ¿Cómo te las ingeniabas para constatar si usaban o no condones?*

— Para la observación, lo que me costó más trabajo fue chequear los basureros del cuarto, después de que salían y me daba cuenta de que no habían usado condones; en el basurero no estaba el condón o muchas veces traían una bolsita con condones y al final de la noche de trabajo, en el restaurante les abría la bolsa y le decía préstame un kleenex y me daba cuenta que traía la misma cantidad de condones con los que había salido a trabajar. Una chica me había dicho que había usado ocho de esos diez condones y al revisar estaban todos. Esa fue la parte más dura: darme cuenta que hay un nivel de autoengaño de ellas mismas, que dicen (y piensan) que sí están usando condón y el engaño se generaliza y entre ellas se dicen que usan condón. Mi conclusión, deprimente al más, fue que por un lado la presión de los hombres y por el otro el hecho de que usar condones en cada relación sexual les resulta muy irritante, sobre todo los condones que tienen nonoxynol, lleva a que no los usen. Hubo una iniciativa de Conasida de traer el condón femenino. Claudia hizo la prueba de usarlo, pero también es un armatoste incomodísimo y extraño. Para el artículo de investigación de Epidemiología yo hice unos cuadros planteando cuántos clientes llegaban por noche, de esos clientes qué porcentaje, que era como el 40%, exigía que fuera sin condón y cómo, cuando las chicas les decían «no, aquí es con condón», se iban a otra parte. Pero lo que ya no pude averiguar fue qué pasaba con el 60% restante, que aceptaba con condón, pero a la hora de llegar al hotel muchas chicas no lo usaban. Cuando las confronté, muchas dijeron que era porque se les olvidaba, pero supongo que si el tipo les decía «sin condón te pago el doble», rápidamente lo aceptaban.

Esa es básicamente la historia. Claro que, como antropóloga atisbé muchas cuestiones interesantes, por ejemplo los rituales que tienen. Uno de estos es el del día que por primera vez fuimos a trabajar al punto del Oro, hicieron pipí en la calle en forma de cruz y echaron azúcar alrededor, para «atraer» más a los clientes. Había que desarrollar una parte más etnográfica de la investigación con este tipo de ... La patrona de las prostitutas es la Santa Muerte; obviamente la iglesia católica no tiene en su haber a la Santa Muerte, es un invento. La Santa Muerte aparece en una medalla que tallan los presos en las cárceles, con



guadaña. Con esa medalla se protegen. Yo le pregunté a Claudia por qué la Santa Muerte y dijo «porque para las trabajadoras sexuales la muerte siempre está presente en cualquier momento, porque nos pueden matar, que por eso nos encomendamos a ella». Tengo ganas de armar algo con algunos testimonios, relatos de sus formas de trabajo, de cómo aprenden a trabajar, de cómo se enganchan, de qué pasa con las chicas que trabajan embarazadas, hasta que mes

trabajan -algunas lo hacen hasta los ocho meses, pues hay clientes que las prefieren cuando están embarazadas. Claudia me dio su testimonio de lo que es el trabajo en las estéticas, es un trabajo muy diferente el de los clientes fijos al de la calle, la estética es un lugar controlado donde no puedes decir que no. Aunque mi muestra es muy pequeña, debo haber entrevistado a treinta o cuarenta mujeres y conocer bien, bien, cómo trabajan y cómo eran sus vidas, como a ocho, creo que vale para entrar a ese mundo.

— *¿Cuáles son las demandas más frecuentes que aparecen en las charlas con las prostitutas?*

— En general la mayoría lo que pide es que no las moleste la policía. Claudia, que tiene mucho más armado el discurso del reconocimiento del trabajo sexual con derechos y obligaciones, pide que puedan tener seguro social, que puedan pagar impuestos. Ella tiene una postura mucho más reflexiva, pero las chicas no. Excepto Claudia y dos o tres que se han lanzado a hacerle competencia, nadie quiere dar la cara, por el estigma. A Claudia si la invitan a un programa se presenta como ex prostituta, sus hijos lo saben, y hace toda una reivindicación de las compañeras; las demás no. Las chicas lo que quieren es que las dejen en paz. Es notable como las muy jóvenes lo viven como una actividad «por mientras»: mientras llega el príncipe azul a rescatarlas, mientras se enamoran, mientras se casan, mientras están estudiando. Ellas piensan que tienen trabajo sexual para complementar ingresos, para comprar un departamento. Lo ven como un cosa transitoria aunque duran mucho. Muchas entran pensando que va a ser transitorio y luego por el nivel de ingresos es muy difícil salirse; empiezan a generar una serie de necesidades y es impresionante como sus familias las explotan. Existe el modelo abierto y el modelo encubierto; en el encubierto ellas dicen que son meseras, que trabajan en un turno de noche; la familia sospecha pero como están ganando mucho dinero se aprovechan y piden, piden y piden. De repente en una fiesta se emborrachan y les reclaman «tú crees que yo no sé que eres prostituta» y todas lloran y hacen un drama y al día siguiente no pasó nada. También hay casos donde toda la familia está metida en el negocio de la prostitución y donde las parejas saben que la mujer trabaja en eso y ellos hacen de choferes; este es el modelo abierto.

— *Si te parece pertinente la distinción, ¿cómo influyó en la relación con ellas el que pasaras de compañera militante política a antropóloga que está haciendo una investigación?*

— Cuando pasé de compañera política a investigadora hubo tensión. No con Claudia, sino con las otras madrotas, porque además hubo una bronca entre las de Sullivan con el grupo de Claudia y yo opté por el grupo de Claudia. Hubo un chisme de que yo estaba manejando el punto y que yo sacaba dinero de la prostitución. Hubo una cosa fuerte en mi contra. Por otro lado también me tocó jugar una parte heroica y es que me convertí en la defensora de las prostitutas. Fui a muchos programas de televisión y siempre hablaba en términos muy respetuosos de mis compañeras, las trabajadoras del sexo y planteaba que, en última instancia, era muy tenue la línea de quién es prostituta y quien no. Si tu caracterizas como prostituta a una mujer que accede a tener una relación sexual, no por el placer de la relación, sino por otro tipo de intercambio, muchísimas amas de casa caen en esa definición. El que yo de repente dijera esas cosas públicamente, más allá de que yo estuviera posicionada del lado de Claudia, me ganó cierto respeto entre las madrotas, pues no había nadie en ese momento en México que diera la cara en defensa de sus derechos y que una mujer «decente» o no prostituta lo hiciera, para ellas fue muy importante. En general lo que les resultaba irritante de mi discurso, sobre todo a las mujeres «decentes», era que marcara lo tenue de la diferencia entre las prostitutas y no prostitutas. Eso es lo que más molesta. La mayoría de las mujeres sí quiere que exista una división entre las mujeres decentes y las putas. Ese asunto, la división entre las mujeres putas y las decentes, lo trabajo en el último ensayo que se publicó en la revista de estudios sociológicos del Colegio de México. Al principio también hubo mucho temor de que lo que estaba investigando sirviera para que Hacienda llegara y les cobrara impuestos. Había mucho miedo

de que yo supiera realmente cuánto se cobraba, cuánto se ganaba, cuántos clientes tenían. Una madrota tiene, en el acuerdo con la delegación, derecho a parar a diez mujeres. Los días de mucho trabajo tienen a cuarenta subidas en un departamento, y en el momento en que se van ocupando, van bajando una a una y siempre tienen diez ahí, aunque haya diez o veinte en los hoteles. Es decir, hay madrotas que manejan grupos de cuarenta o cincuenta. Hay otras que no, que manejan los ocho o diez que se permiten. Tal era el caso de Claudia, que hizo las cosas muy legalmente. Le dieron permiso de diez y paraba a diez. Ahora, si los días de mucho trabajo cada una de ellas se ocupa de ocho a diez veces, ganando entonces 100 pesos y la mitad se lo debe dar a la madrota. ¡Es una cantidad de dinero impresionante! Cuando dejé de ser compañera de lucha y me volví antropóloga, el miedo que ellas tenían era eso, y hubo, por parte de dos o tres, mucha resistencia a que yo estuviera yendo a ver cómo trabajaban.

Yo aprendí más y me di cuenta de más cosas cuando no pretendí investigar que cuando pretendí hacer la investigación. Todo ese primer año, que para mí era la gran novedad y que yo iba a sus casas y que me contaban las cosas así como en plan de amigas, yo era mucho más inocente e ingenua y hacía unas preguntas que después, desde mi papel de investigadora, las viví de otra manera. Mucha de mi experiencia espontánea el primer año fue lo que luego me ayudó a procesar la segunda parte. Cuando planteé claramente la investigación, Claudia, que sí ha sido muy atípica, en el sentido que tiene una apertura impresionante y que sí se daba cuenta que era una investigación para epidemiología, no puso resistencia pero las demás decían «qué chingado quiere saber el gobierno sobre la transacción prostituta-cliente, acá lo que nos quiere chequear es cuánto dinero se está moviendo y cuánta gente controlamos».

Bueno no sé si es esta la entrevista que querían.

